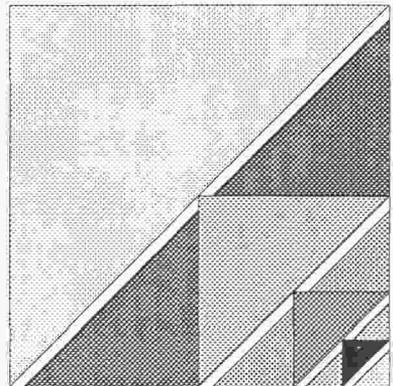


Ensayos



El empleo de la historia en sociología: Reflexiones sobre algunas tendencias recientes*

John H. Goldthorpe

Nuffield College, Oxford University

I

Retomar de nuevo la pregunta sobre la utilización de la historia en la sociología puede parecer agresivo. Porque el intentarlo implica, por supuesto, hacer una distinción **entre** historia y sociología, la cual en este momento sería considerada por la mayoría como indefendible. Así, por ejemplo, Philip Abrams, en un libro de mucho influjo, ofrece el siguiente argumento: ya que “la historia y la sociología son y siempre han sido la misma cosa”, cualquier discusión sobre la relación de una hacia la otra, tiene que ser equívoca (1980:x); y Abrams a su vez cita a Giddens (1979: 230) en el sentido de que “simplemente no hay distinciones lógicas o inclusive metodológicas entre las ciencias sociales y la historia—concebidas apropiadamente”.

Como Abrams reconoce (1980: 300), la posición que él adopta está en un agudo contraste con aquella que ha sido más corriente entre los sociólogos de dos décadas atrás o inclusive de épocas anteriores. En aquella etapa inicial, la mayoría de los

* Este artículo se basa en el texto de la Conferencia en Conmemoración de T. H. Marshall dada en la Universidad de Southampton, el 4 de mayo de 1989. Otras versiones de la conferencia se han dado en seminarios en las universidades de Oxford, Exeter y Estocolmo, y los comentarios que han hecho los participantes han sido de gran provecho para mí. Nuevamente debo agradecer a Klas Åmark, Robert Erikson, Stephen Mennell, Patrick O'Brien y especialmente a Gordon Marshall y Lucía Zedner.

El editor de la *Revista Colombiana de Sociología* agradece al Profesor Goldthorpe y al Profesor Rock, editor del *British Journal of Sociology* la oportunidad de publicar simultáneamente esta versión.

sociólogos querían a toda costa diferenciar sus intereses de los de los historiadores. Por ejemplo, se utilizó mucho la distinción entre las disciplinas 'idiográficas' y 'nomotéticas'. La historia era idiográfica: los historiadores buscaban particularizar mediante la descripción de fenómenos singulares y únicos. La sociología era nomotética: los sociólogos buscaban generalizar mediante la formulación de teorías aplicables a las categorías de los fenómenos.¹ Sin embargo, todo esto sucedió en el período anterior a aquel, en el que la comunidad de sociólogos británicos (anticipándose a Sir Keith Joseph) perdiera su motivación por la idea de 'ciencias sociales' —es decir, antes de que la así llamada 'reacción contra el positivismo' de los últimos años de la década de los sesentas y de los setentas creara un nuevo ambiente, en el cual el radicalismo político corría paralelo con el conservatismo intelectual.

Mi primera contribución al debate 'historia y sociología' se remonta al período de los inicios de los años sesenta (1962), y esa contribución fue en efecto una crítica a la distinción entre disciplinas idiográficas y nomotéticas. Mis observaciones no fueron especialmente bien recibidas ni por los historiadores ni por los sociólogos; y la presente contribución, me temo, podría correr igual suerte. Porque lo que considero importante actualmente es mostrar, que intentos tales como los de Abrams y Giddens, de presentar la historia y la sociología como una sola e indistinguible disciplina, deberían ser fuertemente rechazados.²

Para evitar, dentro de lo posible, ser malinterpretado, permítanme subrayar que aquí no pretendo re-establecer la distinción entre idiográficas y nomotéticas, no por lo menos como una distinción de principio. No creo, por ejemplo, que los sociólogos puedan alguna vez esperar producir descripciones que estén exentas de ideas generales con respecto a la acción, los procesos y las estructuras sociales.

1. La distinción se origina en la **Methodenstreit (la polémica acerca del método)** en las universidades alemanas del siglo *xx*. Para una breve discusión, véase Collingwood (1946: 165-83). Un ejemplo interesante de su uso, en el período al que se refiere el texto, con el propósito de establecer una diferenciación y sin embargo mostrando simultáneamente la complementariedad de la historia y la sociología, es Bierstedt (1959).

2. Claramente, mi posición ha cambiado en importantes aspectos desde la época en la que escribí este temprano artículo, como resultado, me gustaría suponerlo, de haber adquirido mucha más experiencia, de primera o de segunda mano, en la investigación de sociedades tanto del pasado como del presente. No obstante, señalaría que tanto la historia como la sociología, y las orientaciones típicas de quienes las practican, también han cambiado. En los inicios de los años sesenta en Cambridge parecía importante enfatizar lo que las dos disciplinas necesariamente tenían en común, en contraste con los historiadores que consideraban la sociología como una materia totalmente ajena y con los sociólogos que, en parte como reacción, hacían a un lado la historia como 'pre-científica' en su carencia de bases o cuantitativas o teóricas. Hoy en día, el entusiasmo interdisciplinario o más bien no-disciplinario, me parece que ha ido demasiado lejos, por lo menos del lado sociológico. Y me parece interesante que una visión similar haya sido también adoptada del lado de la historia por un distinguido practicante, quien de ninguna manera es indiferente a la sociología: ver Stone (1979).

Sin embargo, aún hay buenos fundamentos para rechazar aceptar la posición de que cualquier distinción que se establece entre la historia y la sociología tiene que carecer de sentido.

Para empezar, argumentaré que la distinción entre idiográficas y nomotéticas es aún pertinente, si ésta no se toma como distinción de principio sino de énfasis. Los historiadores —con mucha razón— consideran que es importante que las fechas y lugares se fijen a los argumentos que proponen con la mayor precisión posible; tal como Thompson tan pertinentemente ha observado (1972), “la disciplina de la historia es sobre todo una disciplina de contexto”.³ Los sociólogos —no con menos razón— creen que están logrando algo, si las coordenadas de tiempo y espacio a las que se aplican sus argumentos pueden ser ampliadas. De esto, se sugiere inmediatamente uno de los usos de la historia en la sociología. La historia puede servir, por decirlo así, como ‘categoría residual’ para la sociología, marcando el punto en el cual los sociólogos, al invocar ‘la historia’, refrenan su impulso a generalizar o, en otras palabras, a explicar sociológicamente, y a aceptar el papel de lo específico y de lo contingente como un marco —ésto es, como el que provee tanto la constitución como los límites— de sus propios análisis.⁴

Sin embargo, no es sobre estos temas sobre los que deseo concentrarme aquí. Mi propósito es más bien centrar la atención sobre otra diferencia de mayor importancia entre la historia y la sociología, la cual, ha estado muy descuidada, (para referencias breves véase Marshall, 1963:38; Bell and Newby, 1981), pero que conlleva implicaciones de más alcance para la práctica sociológica. Esta diferencia tiene que ver con la naturaleza de la evidencia que utilizan las dos disciplinas o, dicho con mayor precisión, con la manera como esta evidencia llega a existir.

Como historiador entrenado en el College de la Universidad de Londres en los años cincuentas, fuí sometido a un catecismo estandar sobre el método, el cual se iniciaba con la pregunta: ¿qué es un hecho histórico? La respuesta que se tenía que dar era: un hecho histórico es una inferencia a partir de vestigios. Esta respuesta me

³ Esta cita se la debo a Stone (1987).

⁴ Esta utilización de la historia es la que más me ha interesado en mi propio trabajo sobre la movilidad social comparada. El programa clásico para una macro-sociología comparada es el establecido por Przeworski y Teune (1970), el cual tiene como objetivo ideal ‘reemplazar los nombres de las naciones con los nombres de las variables’. En la medida en que, al explicar la variación a través de la nación en la estructura o en el proceso social (e.g. en los grados y patrones de movilidad), el sociólogo se ve forzado a invocar rasgos institucionales o culturales, o ciertamente eventos, como rasgos específicos de historias nacionales, entonces por tanto el programa Przeworski-Teune no debe haber llegado a realizarse. Cf. Erikson y Goldthorpe (1987). Por razones que aparecerán en lo que sigue, consideraría siempre difícil de establecer, en cualquier caso particular, justamente dónde se encuentran los límites ‘históricos’ del análisis macro-sociológico; pero parecería una sabia política para el sociólogo asumir que tales límites sí existen, inclusive mientras busca alejarlos lo más posible.

impactó en ese entonces —y aún me impacta— como la mejor que puede darse, y como una respuesta de considerable significación. Lo que la respuesta resalta es un punto obvio, pero precisamente de notables consecuencias, y que consiste en que sólo podemos conocer el pasado con base en lo que físicamente ha sobrevivido del pasado: esto es, con base en los vestigios —o en lo que puede ser descrito alternativamente como los residuos, depósitos o huellas— del pasado.⁵

Estos vestigios son de muy diversas clases. Pueden ser, por ejemplo, residuos simplemente naturales, tales como huesos o excrementos; o de nuevo, artefactos, tales como herramientas, armas, construcciones u obras de arte. Pero de mayor importancia en general, son los que se podrían denominar 'comunicaciones objetivadas': esto es, comunicaciones en alguna forma escrita y especialmente 'documentos' de toda índole. Cualquiera que sea su naturaleza, son estos vestigios, y sólo estos vestigios, los que constituyen la fuente de nuestro conocimiento acerca del pasado. Los planteamientos acerca del pasado —los 'hechos' históricos— son inferencias a partir de vestigios y no pueden tener otra base. Para abreviar: si no hay vestigios, no hay historia.

En lo que atañe a la práctica de la historia, existen dos puntos que parece importante reconocer acerca de los vestigios: primero, éstos son *finitos* y, segundo, son *incompletos*. Los vestigios que existen son sólo una limitada selección de todo lo que pudo sobrevivir —una muestra, por decirlo así, de un universo total de vestigios, en donde, no obstante, no se conocen, ni se pueden conocer las propiedades del universo ni de las muestras (cf. Murphey, 1973: ch. 6; Clubb, 1980). Los vestigios de un período dado pueden disminuir, al ser físicamente destruidos, pero pueden aumentar.

Por supuesto es cierto que no todos los vestigios que existen de un período de tiempo dado se conocen a cabalidad. Los historiadores siempre tienen la posibilidad de descubrir 'nuevos' vestigios, incrementando el inventario conocido: y hacerlo es ciertamente una parte importante de su oficio (*métier*). También es verdad que de cualquier conjunto de vestigios, las inferencias que se pueden hacer son *infinitas*. Los 'hechos' que los vestigios producen propenden a incrementarse con las preguntas que los historiadores se hacen sobre ellos, y a su vez, con la clase de problemas que se formulan y con el desarrollo de sus técnicas de investigación. Sin embargo, nada de esto altera la situación por la cual los vestigios en sí mismos, en un sentido físico, —lo que allí está por ser descubierto e interrogado—, son finitos y son, para repetirlo, una selección y probablemente sólo una muy pequeña y no representativa selección, de todo lo que pudo haber sobrevivido. Por consiguiente, tiene que aceptarse que las limitaciones sobre las posibilidades del conocimiento histórico existen simplemente porque se trata de un conocimiento

5. Yo mismo fui iniciado en el catecismo por G. J. Renier, un insigne profesor, cuyo libro sobre método en historia (1950) era nuestro texto principal y en la actualidad, creo yo, está indebidamente abandonado. También influyó el trabajo de Collingwood (1946: especialmente los *Epilogomena*) y el de Becker (e.g. 1955, 1959).

del pasado —porque es un conocimiento que depende de vestigios. Hay cosas acerca del pasado que nunca podrán conocerse, simplemente porque los vestigios, que hubieran sido esenciales para conocerlas, de hecho no sobrevivieron.

Los historiadores, podríamos entonces decir, están empeñados en encontrar sus evidencias de entre un cúmulo de vestigios. En contraste —y ésta es la diferencia que deseo resaltar— los sociólogos tienen abierta una posibilidad que le está en gran medida negada a los historiadores. Mientras los sociólogos pueden, y con frecuencia lo hacen, inferir de los vestigios como evidencia, como lo hacen los historiadores, también pueden de manera adicional **generar** evidencias. Esto es en efecto lo que hacen cuando se comprometen en el 'trabajo de campo'. En él producen como base para inferencias, materiales que **no existían antes**.⁶ Y es, según mi propia argumentación, tal evidencia generada, más que la evidencia en forma de vestigios, —en otras palabras, es más la evidencia que se 'inventa' que la que se descubre—, la que constituye los fundamentos empíricos más importantes de la sociología moderna.

La razón inmediata para establecer esta diferencia en la manera como la evidencia histórica y la sociológica empiezan a existir es obvia: los historiadores trabajan 'sobre el pasado', en tanto los sociólogos pueden también trabajar 'sobre el presente'. Sin embargo, detrás de esta razón inmediata se encuentra la diferencia del énfasis a la cual hice referencia antes: los sociólogos no buscan tanto ajustar sus argumentos a unas coordenadas específicas de tiempo y espacio cuanto más bien verificar el alcance de sus generalizaciones. Por ello, si un sociólogo desarrolla una teoría destinada a ser aplicada, digamos, a todas las sociedades industrializadas, de todos modos sería sensato comenzar el examen de esta teoría con la investigación de sociedades industriales contemporáneas y no de sociedades industriales del pasado; y por tanto mediante investigación que permita la generación de evidencia y que no impone la obligación de confiar en los vestigios.

Si entonces hay aquí, tal como me gustaría sostener, una gran diferencia entre la historia y la sociología como formas de investigación disciplinada, ¿qué se sigue de ello para los usos de la historia en sociología? La principal implicación es, según creo, suficientemente clara. Puesto que los sociólogos tienen la posibilidad de producir sus propias evidencias —por encima y más allá de la de explotar vestigios— ellos se encuentran en una posición ventajosa que no se debería desconocer ni ser desechada a la ligera. En otras palabras, los sociólogos no deberían recurrir a la historia con tanta ligereza ni tan irreflexivamente: deben hacerlo más bien sólo cuando tengan razones de peso y con plena consciencia de las limitaciones que tendrán que afrontar cuando lo hagan.

Sospecho que aquí de nuevo estoy corriendo el peligro de ser malinterpretado.

⁶ El único caso en el que me consta que los historiadores también generan su evidencia es cuando se ocupan en historia 'oral'. Y aquí también puede observarse, que los problemas de perdurabilidad, y a su vez de representatividad, son de mucha importancia.

Por consiguiente, déjenme añadir de una vez que de ninguna manera trato de sugerir que la sociología es en algún sentido una disciplina 'superior' a la historia: más bien lo que quiero resaltar es justamente cuán difícil es la historia —ya que como aparecerá claramente más adelante, creo que algunos sociólogos han fallado fehacientemente en reconocer ésto. Pero tampoco supongo que la evidencia generada, en contraste con aquella que se da en forma de vestigios, carece de problemas. Soy bien consciente de que ésta también tiene que ser siempre vista críticamente en lo que se refiere tanto a su acabamiento [completeness] como a su confiabilidad y validez; y ciertamente en relación con estos aspectos, surgen problemas especiales precisamente de los procesos de generación. Sin embargo, lo que deseo enfatizar son las ventajas verdaderamente reales que se obtienen, cuando la naturaleza y el alcance de la evidencia disponible, no están restringidos por los meros accidentes de la sobrevivencia física; donde, además, la recolección de la evidencia puede ser 'diseñada' como para llenar los requisitos específicos de la investigación que se realiza; y donde los asuntos acerca de la calidad de la evidencia pueden siempre ser dirigidos, en cuanto surgen, generando entonces nuevas evidencias con las que se pueda verificar y probar la evidencia original.⁷

II

Para desarrollar estos argumentos, me centraré ahora en casos particulares. Para empezar, podría ser útil dar un ejemplo de lo que yo llamaría un equivocado —podría decirse, perverso— recurso a la historia por parte de un sociólogo. Tomaré aquí el libro de Kai Erikson, *Wayward Puritans (Los puritanos díscolos)* (1966), el cual es un estudio de las desviaciones sociales dentro de una comunidad puritana de Massachussets Bay en el siglo xvii.

En su prefacio, Erikson expone su propósito claramente. El empieza con ciertas hipótesis acerca de la desviación social, tomadas de una posición durkheimiana, y se propone examinar dos hipótesis en particular: primero, que cierto grado de desviación es funcional para una comunidad, ayudándole a definir sus fronteras morales y sociales, y por consiguiente preservando su estabilidad; y segundo, que precisamente por esta funcionalidad, la desviación dentro de cualquier

⁷ Otra manera de considerar mucho de lo expuesto es decir, como lo hace Clubb (1980: 20), que "los materiales de las fuentes en los que deben apoyarse los historiadores son virtualmente por definición 'procesos producidos'", y que ellos son, más aún, "los datos residuales de procesos-producidos que han sobrevivido a los estragos del tiempo". Clubb observa que los historiadores ocasionalmente tienen a su disposición datos, que fueron recogidos por científicos sociales para propósitos científico-sociales, y que probablemente será una situación más común para futuros historiadores. Sin embargo, muy acertadamente comenta que "...también nos podemos imaginar que los historiadores en el futuro observarán estos datos como no menos producidos en proceso, —producidos en este caso por el proceso de investigación social, como se practicaba arcaicamente en la mitad del siglo xx—, y deplorarán el hecho de que se hubieran recolectado los datos errados, se hubieran hecho las preguntas erradas, y de que las hipótesis y los métodos implícitos no estuvieran mejor documentados."

comunidad tenderá a mantener un nivel regularmente constante en el tiempo. Erikson propone entonces tomar Massachussets Bay como estudio de caso. "El propósito del siguiente estudio", escribe (1966: vii), "es utilizar la comunidad puritana como un escenario en el cual se examinan varias ideas acerca de la conducta desviada. En este sentido el tema del libro es primordialmente sociológico, aunque los datos encontrados en la mayoría de sus páginas son históricos..." Y prosigue (viii, énfasis en el original), "Los datos presentados aquí no se han recolectado para arrojar nueva luz sobre la comunidad puritana de Nueva Inglaterra, sino para añadir algo a nuestra comprensión de la conducta desviada en general, y por ello la experiencia puritana en América ha sido tratada en estas páginas como un ejemplo de la vida humana en cualquier parte."

Juzgado a la luz de esta afirmación, *Wayward Puritans*, es, argumentaría yo, un fracaso —y ciertamente un fracaso necesario— por la confianza puesta en los materiales históricos. Las hipótesis con las que Erikson inicia su libro no son seriamente examinadas, y no pudieron serlo, simplemente porque él no posee la evidencia necesaria para ello entre los vestigios a su disposición.

Así, en lo que se refiere a la primera hipótesis, sobre la funcionalidad de la desviación, Erikson hace inferencias, en gran medida, a partir de los informes de la corte, indicando la respuesta de las autoridades al antinomianismo, cuaquerrismo y la pretendida brujería. Pero él posee poca evidencia de cómo la **comunidad en su conjunto**, en cuanto distinta de las autoridades, reaccionó a tales desviaciones o, para este caso concreto, el tratamiento que le dieron las autoridades. En otras palabras, él no posee bases adecuadas sobre las cuales determinar si, como consecuencia de las desviaciones a las que él se refiere, hubo o no hubo una definición más estricta de los límites morales o sociales de la comunidad. En lo que se refiere a las percepciones y a las evaluaciones populares, él no tiene ningún medio de acceso a ellas.

Asimismo, al tratar la segunda hipótesis, sobre el nivel constante de desviación, Erikson tiene que confiar en las estadísticas oficiales de crímenes, las cuales, por razones bien conocidas, dan sólo una indicación muy incierta del nivel actual de desviación social y están influenciadas en su tendencia por otra variedad de factores. Sin embargo, a diferencia del sociólogo que analiza la desviación en la sociedad contemporánea, Erikson no puede investigar en detalle alguno los procesos a través de los cuales se constituyeron las estadísticas oficiales, ni puede recolectar datos por sí mismo que le pudieran dar estimativos alternos —como, digamos, mediante cierta forma de encuestas de 'víctimas'.

De todos modos, las hipótesis que Erikson formula no son de tal índole que puedan fácilmente ser probadas bajo cualquier circunstancia. Pero dado que se derivan de una teoría con pretensiones de un muy alto nivel de generalización, se puede preguntar con toda razón por qué Erikson debió imponerse las limitaciones que se derivan al escoger un caso histórico. Por qué se negó a sí mismo la posibilidad de ser capaz de generar su propia evidencia, para su propio diseño y bajo condiciones en las cuales los problemas de confiabilidad y validez podrían

haber sido abordados de óptima forma? Cualquier sociólogo, podría yo sostenerlo, que se ocupa de una teoría que puede ser probada en el presente, la probaría así, en primer lugar, porque de esta manera, con toda probabilidad, es como puede probarse más rigurosamente.⁸

Quiero pasar ahora a considerar los casos en los cuales el recurso a la historia por parte de los sociólogos parecería basarse en las buenas razones que, según he mantenido anteriormente, podrían presentarse siempre. Aquí mi propósito es ilustrar cuáles deberían ser tales razones, pero también —cuando se influye sobre ellas— las dificultades que pueden esperarse.

Los sociólogos, podría pensar uno, necesitarán obviamente recurrir más a la historia en los casos en los que sus intereses se ubican en el cambio social. Sin embargo, debe recordarse que un recurso al pasado —o, esto es, a sus vestigios— no es el único medio a través del cual puedan ser alcanzados tales intereses: el ciclo vital, estudios de cohortes o de panel, por ejemplo, son todas maneras de estudiar el cambio social sobre las bases de una evidencia que es, o ha sido, recolectada en el presente. Los sociólogos, podría argumentar, están obligados a hacer investigación histórica sólo cuando tengan que ver con un cambio social que de hecho esté históricamente definido: esto es, con un cambio que no sea en un período de tiempo especificado analíticamente, —tal como, digamos, ‘el ciclo de la vida’ o ‘dos generaciones’— sino que tenga que ver con el cambio que sucedió en un período de tiempo pasado, que tenga fechas (así éstas no sean muy precisas) y que esté relacionado con un lugar particular. Los sociólogos tienen una preocupación legítima y necesaria por tal cambio social históricamente definido porque, como ya lo sugerí anteriormente, ellos desean saber qué tan ampliamente en el tiempo y en el espacio pueden aplicar sus teorías e hipótesis.⁹

⁸ Skocpol (1984: 364) trata las intenciones de Erikson como si fueran “características de los sociólogos históricos que aplican modelos generales a la historia”. Puede haber naturalmente poco valor en tal procedimiento, a menos que haya razones **independientes** para creer que los modelos tienen alguna validez. Sin embargo, debe en todo caso anotarse, que Erikson mismo tiene claro que su interés es (ver texto) “examinar varias ideas acerca de la conducta desviada” —para lo cual no parece reclamar ninguna validez previa.

⁹ También puede argumentarse que los sociólogos tienen un recurso legítimo a la historia, cuando se ocupan de fenómenos tales como revoluciones, crisis económicas de grandes proporciones, pánicos o locuras de masas, etc., fenómenos que no sólo suceden más bien rara vez, sino que de todas maneras se dejan tratar mejor por la investigación retrospectiva que en el momento en que ocurren. No estoy totalmente convencido de este argumento, pero para los propósitos de este trabajo, no es necesario debatirlo. Tampoco me voy a ocupar aquí del interés por la historia, desplegado por algunos sociólogos, que yo ciertamente consideraría como ilegítimo: esto es, un interés por ‘teorizar’ historia como para, es lo que se espera, asegurarse de un dominio cognitivo sobre su ‘movimiento’ o su ‘lógica’. He escrito críticamente en otras partes sobre la persistencia de tal ‘historicismo’ (Goldthorpe, 1971, 1972, 1979) y observaré aquí sólo que persiste todavía, aún cuando las justificaciones que se ofrecen para tal posición son muy débiles (ver e.g. Hall, 1985: 4-9)

Una ilustración de lo que estoy pensando aquí nos la da el libro de Michael Anderson, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire* (*La estructura de la familia de Lancashire en el siglo XIX*) (1971). Anderson está preocupado con la hipótesis según la cual en el proceso de industrialización se desorganizan las formas pre-existentes de la familia 'extensa' y los lazos de parentesco. Específicamente, le interesa ver si esta hipótesis puede o no sostenerse para el caso británico —para aquel de la 'primera nación industrial'. Así, para obtener este resultado, Anderson procura examinar precisamente qué estaba sucediendo con los lazos de parentesco en Gran Bretaña cuando tuvo lugar el despegue de la industrialización. Por tanto, en contraste con Erikson, Anderson tiene una razón suficientemente clara para acudir a la investigación histórica.

Una segunda ilustración nos la da el libro de Gordon Marshall, *Presbyteries and Profits* (*Presbiterios y ganancias*) (1980). Marshall se interesa en la 'tesis de Weber', —en el sentido de que existe una conexión entre la ética secular del protestantismo ascético y 'el espíritu del capitalismo'. En el debate prolongado sobre esta tesis, el caso de Escocia se ha sugerido muchas veces como un caso crítico, por cuanto, en los inicios del período moderno, Escocia tuvo mucho protestantismo ascético —es decir, de calvinismo— y sin embargo mostró poco en el sentido del desarrollo capitalista. El propósito de Marshall es entonces reexaminar el caso escocés en el período que va desde aproximadamente 1560 hasta el Acta de la Unión en 1707. Marshall señala que el mismo Weber siempre enfatizó que su argumento sobre el papel de la ética protestante en el surgimiento del capitalismo moderno pretendía aplicarse *sólo* a las etapas iniciales de este proceso: una vez que una economía predominantemente capitalista estuviera establecida, sus propias exigencias—en el lugar de trabajo y en el mercado—podrían por sí mismas imponer un comportamiento coherente en general con el 'espíritu del capitalismo' sin necesidad de la ayuda de la religión. De nuevo, tanto Marshall como Anderson tienen obviamente buenas razones para recurrir a la historia.

Antes de continuar, debo aclarar que tengo el mayor respeto por estos dos estudios a los que me acabo de referir. Ambos contribuyeron de manera significativa a los asuntos que formulan; y para mí, se erigen como ejemplos sobresalientes de cómo efectivamente la sociología histórica debe ser concebida y conducida. Digo esto porque ahora quiero pasar a enfatizar las severas limitaciones a las que están sometidos los análisis de estos dos autores: no por sus deficiencias como sociólogos, sino simplemente por el hecho de que ellos se vieron forzados a usar la evidencia histórica —forzados a confiar en los vestigios— más que acudir a su capacidad de generar su propia evidencia dentro de una sociedad contemporánea.

Los vestigios con los que principalmente cuenta Anderson son los libros originales de empadronamiento para los censos de 1841, 1851 y 1861. Sobre estas bases, puede reconstruir la composición de los hogares de acuerdo con la edad, sexo y lazos familiares, y también puede hasta cierto punto examinar la cercanía residencial de los parientes. Pero esto aún lo deja bastante apartado de una evidencia adecuada acerca del papel que entonces jugó el parentesco en la vida de las personas que estaba estudiando y acerca del significado que tenía el parentesco

para ellos. El trata de llenar los datos demográficos esenciales obtenidos de los libros de empadronamiento los censos con material de informes de la época. Pero me temo que éstos tienen que ser clasificados, en el mejor de los casos, como 'empirismo accidental' y en el peor de los casos como chismorreos locales o como cuentos de viajeros. Títulos tales como *Walks in south Lancashire and on its Borders* (*Paseos por el sur de Lancashire y en sus fronteras*), *A Visit to Lancashire in December 1862* (*Una visita a Lancashire en diciembre de 1862*) y *Lancashire Sketches* (*Bosquejos de Lancashire*) dan la nota característica.

Anderson es totalmente franco acerca del problema que él afronta. Afirma (1971:62) que "por supuesto tiene que enfatizarse que la ocurrencia de interacción con la familia, no es una indicación necesaria de que los lazos de parentesco fueran importantes. La prueba real, que es casi imposible de obtener en una forma precisa en un trabajo histórico, sería examinar hasta qué grado se le dió preferencia a los lazos familiares sobre contactos de otra naturaleza (y las razones para esta preferencia), y el grado en el que los contactos con la familia cumplieron las funciones que no eran satisfechas si la familia no las proveía adecuadamente".

El punto que quiero anotar aquí podría demostrarse mejor si se compara el estudio de lazos familiares de Anderson con otro llevado a cabo en una sociedad contemporánea —digamos, por ejemplo, el estudio de Claud Fisher sobre los lazos familiares y otras relaciones 'primarias' en el presente en la ciudad de San Francisco, llamado *To Dwell Among Friends* (*Residir entre amigos*) (1982). La única conclusión sería que este último es muy superior en el alcance y en la calidad de los datos de los que se sacan las conclusiones, y así mismo en el rigor y afinamiento del análisis que puede ofrecer. Y el punto por supuesto no es que Fisher sea mejor sociólogo que Anderson, sino que aquel tiene una enorme ventaja sobre Anderson al ser capaz de generar sus propios datos, en vez de tener que confiar en cualquier vestigio que pudiera existir.

Retornando a Marshall, uno encuentra que él tiene básicamente los mismos problemas de Anderson. Una de las principales preocupaciones de Marshall es que la posición de Weber debería ser correctamente entendida —como resultado de su vulgarización por Robertson, Tawney, Samuelson y otros críticos; y al respecto Marshall expone dos puntos. Primero, Weber estaba interesado no tanto en la doctrina oficial calvinista acerca de la actividad económica, como más bien en las consecuencias que se derivan en la vida diaria, para la conducta del individuo por el hecho de ser calvinista creyente —consecuencias de las que el individuo podía no darse cuenta cabal. En otras palabras, la tesis de Weber no tenía que ver en última instancia con la teología, sino con la subcultura y la psicología. En segundo lugar, el argumento de Weber era que la ética protestante era una causa necesaria pero no suficiente para el surgimiento del capitalismo moderno; también eran necesarios factores 'materiales' —tales como acceso a los recursos físicos y a los mercados, la disponibilidad de capital y crédito, etc.

Por ello, argumenta Marshall al evaluar la tesis de Weber, no es suficiente buscar simplemente algunas asociaciones patentes entre la teología, por un lado y

el desarrollo de la empresa capitalista por otro. Lo que se requiere es más sutil: evidencia de que los calvinistas creyentes, como consecuencia de la aceptación de una cosmovisión calvinista, estaban claramente orientados a trabajar de manera metódica y disciplinada, para alcanzar racionalmente beneficios económicos y acumular en vez de consumir de manera extravagante —de tal forma, que si se cumplían además otras condiciones, entonces la empresa capitalista prosperaría.

Aquí la posición de Marshall, creo yo, es enteramente correcta. Pero lo conduce a problemas de evidencia que de hecho nunca puede superar satisfactoriamente —a pesar de su diligencia en descubrir nuevas fuentes y de su ingeniosidad al utilizar las ya conocidas. Y la dificultad básica es que los vestigios de los cuales se pueden hacer inferencias sistemáticas acerca de las orientaciones con respecto al trabajo y al dinero en la Escocia de los inicios de la modernidad son muy escasos y se encuentran muy dispersos.

En otras palabras, lo que hace falta de manera crucial —como también le hizo falta no sólo a Anderson sino a Erikson— es material del cual se pudieran hacer inferencias, con alguna certeza de representatividad, acerca de los **patrones de acción social** que sean de interés dentro de colectividades particulares. Tal como Clubb (1980:20) ha observado, los datos a partir de los cuales trabajan los historiadores permiten sólo en raras ocasiones acceso a las orientaciones subjetivas de los actores **en masse**, y las inferencias que se hagan en este sentido a partir de la conducta real tienden siempre a ser un círculo vicioso. Debe decirse que tanto Marshall como Anderson ven la dificultad con suficiente claridad. Marshall mismo reconoce (1981:35) que bien puede ser que “el tipo de datos requeridos para establecer el *ethos*, en el cual se manejaban las empresas de negocios escocesas del siglo XVII, simplemente no existe” —o, por lo menos, no en la cantidad suficiente para permitir verificar empíricamente si el calvinismo ciertamente tuvo el efecto sobre la conducta mundana que Weber le atribuye.

III

Déjenme recapitular en este momento. He argumentado que la historia y la sociología difieren de la manera más importante en la naturaleza de la evidencia sobre la que confían, y que esta diferencia tiene mayores implicaciones para la utilización de la historia en la sociología. He presentado un caso de lo que, desde este punto de vista, debe mirarse como un recurso perverso a la historia por parte de un sociólogo; y he discutido dos casos más donde en contraste, tal recurso era justificable, incluso necesario, dados los temas formulados, pero donde, no obstante, aparecieron serias dificultades por lo inadecuado de los vestigios, como una base para tratar estos temas.

Para terminar, sin embargo, me gustaría pasar de estos casos de sociólogos, que acuden a la historia en pos de problemas bien específicos, a considerar ahora —teniendo en cuenta mi argumento inicial— todo un género de sociología, que de hecho **depende de la historia en su verdadera concepción**. Me estoy refiriendo aquí a un tipo de sociología histórica, bien diferente de la representada por el

trabajo de Anderson o por el de Marshall, y la cual tiene rasgos característicos fundamentales. Primero, acude a la historia porque formula muy amplios temas, los cuales involucran típicamente un seguimiento de las huellas de los procesos o patrones de 'desarrollo' a largo plazo o el establecimiento de comparaciones a través de una amplia gama de sociedades históricas o inclusive civilizaciones. Y en segundo lugar, se basa, en gran medida o por completo, no en las inferencias de los vestigios, sino en la 'historia' en el sentido de lo que han escrito los historiadores —o, en otras palabras, no en fuentes primarias sino en secundarias y aún en fuentes más derivadas.

La idea de que los sociólogos pueden progresar tomando los resultados de la investigación histórica como su principal recurso empírico en el desarrollo de generalizaciones y teorías de amplio alcance, no es por tanto algo nuevo. De hecho, fue un lugar común del siglo XIX. Su expresión más palpable la proporcionó quizás Herbert Spencer cuando escribió que, para él, la sociología disponía de las obras de historia, "de la misma manera que en una enorme edificación se dispone de los montones de piedras y ladrillos que están a su alrededor" (1904: ii, 185); y más adelante, que "el oficio más grande que puede desempeñar el historiador es el de narrar de tal forma las vidas de las naciones, que suministre materiales para una sociología comparada" (1861, 1911: p. 29).

Desde finales del siglo XIX, esta comprensión de las relaciones entre historia y sociología afrontó severas críticas y más bien rápidamente perdió apoyo. Ciertamente los historiadores nunca aceptaron de buena gana la idea de tener que servir ellos como una especie de operarios intelectuales subalternos; y los sociólogos se fueron interesando cada vez más en desarrollar sus propios métodos de recolección de datos.¹⁰ Sin embargo, en tiempos más recientes, se ha dado un notable renacimiento de lo que podría llamarse 'la gran sociología histórica'. Esta fue iniciada con la aparición de *The Social Origins of Dictatorship and Democracy (Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia)* (1966), de Barrington Moore, y luego se consolidó en los Estados Unidos de Norte América con el trabajo subsecuente de Immanuel Wallerstein (1974, 1980, 1989) y de Theda Skocpol (1979) y en Inglaterra con el de Perry Anderson (1974a, 1974b) y con otros autores, tales como John Hall (1985) y Michael Mann (1986) que le siguieron inmediatamente después.¹¹ Lo que quisiera argumentar ahora es que la práctica de estos autores de

¹⁰. Un anticipado pero convincente y, según sospecho, muy influyente ataque a Spencer de parte de un preeminente historiador es el de Maitland (1911). Téngase también en cuenta la crítica de Collingwood a la última fase de la historiografía de 'tijera-y-pegante', la de los 'encasillamientos', cuyo enfoque era: "Muy bien: pongamos juntos todos los hechos que son conocidos por los historiadores, busquemos los patrones en ellos y entonces extrapolemos estos patrones en una teoría de la historia universal" (1946: 263-6). Del lado de la sociología, los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX vieron desde luego en la Gran Bretaña los inicios de métodos de encuesta de muestreo y un creciente interés por otras formas de recolección de datos (cf. S. y B. Webb, 1932).

¹¹. Podría argumentarse que esta 'nueva ola' de la gran sociología histórica fue de hecho encabezada por el estudio de Eisenstadt sobre los sistemas políticos de los imperios (1963).

hecho revive de nuevo todas las dificultades inherentes al programa de Spencer, y que la utilización de la historia en sociología tal como se ejemplifica en sus trabajos es problemática de una manera mucho más fundamental que en cualquiera de los estudios considerados anteriormente.

Los autores a los que me refiero ahora ciertamente no desearían representar su posición en términos similares a los de Spencer. Más bien se inclinarían por la idea de que la historia y la sociología son una e indivisible disciplina; y en vez de ver a los historiadores como de *haut en bas*, les gustaría seguramente incluirlos en la empresa conjunta como socios iguales.¹² No obstante, sigue siendo un hecho que la gran sociología histórica, en su forma del siglo *xx*, al igual que en la del siglo *xix*, toma las fuentes históricas secundarias como su base evidencial, y por consiguiente tiene que afrontar las dificultades metodológicas impuestas por ellas —aunque sus exponentes hayan mostrado tan poca disposición para formularlas o inclusive reconocerlas.

La raíz de su predicamento es significativamente irónica. El resurgimiento de la gran sociología histórica puede verse como una expresión de 'reacción contra el positivismo' dentro de la comunidad sociológica, a la cual ya me referí al principio; empero el propio *modus operandi* de los que la practican —el uso que buscan hacer de las fuentes secundarias— tiene que depender de lo que es una concepción esencialmente positivista de la historiografía— a la cual ellos serían, según sospecho, renuentes a darle algún apoyo explícito.

El catecismo al cual fuí sometido durante mis estudios de pregrado tenía un objetivo claro: incitar un rechazo a la visión de que el pasado —o por los menos ciertos aspectos bien documentados del pasado, tales como 'alta' política— podría en principio ser reconstruido, hecho por hecho, de tal manera que la distinción entre historia, en el sentido de lo que realmente sucedía en el pasado, y la historia, en el sentido de lo que está escrito acerca del pasado, pudiera ser anulada. Contra esta concepción 'positivista' de la historiografía —como se la rotuló, por cierto¹³— se nos insistió en que los hechos históricos no podían ser establecidos cognitiva-

Pero aunque el trabajo de Eisenstadt es discutido, por ejemplo, en Skocpol (1984), su influencia parecería haber sido claramente menor que la de Moore —principalmente, sospecho, porque su funcionalismo estructural sumamente académico concordaba mucho menos con el talante prevaleciente a finales de los años sesenta, que el tono *marxista* y el compromiso explícitamente 'radical' de la obra de Moore.

¹² Así, por ejemplo, en la colección de ensayos de Skocpol (1984), en los que se discuten las figuras principales de la 'sociología histórica', se le da importancia del trabajo de historiadores tales como Marc Bloch, Charles Tilly y E. P. Thompson al lado de autores tales como Moore, Wallerstein y Anderson. Los admiradores de Bloch, en particular, podrían bien ser llevados a preguntarse: '¿Qué diablos iba a hacer él en esta galera?' (*¿Que diable allait-il faire dans cette galère?*).

¹³ Ver, por ejemplo, a Collingwood (1946: 126-33). Después, como se ve más tardíamente, (cf. Carr 1961: ch. 1), fueron tomados como los exponentes clásicos de tal positivismo en historiografía von Ranke y en Gran Bretaña Lord Acton.

mente como un conjunto de partes o entidades bien definidas, cada una independiente del resto, pero que tomadas todas en conjunto, podrían entonces imponer una versión específica y definitiva del pasado. Más bien, los hechos históricos deberán ser reconocidos como nada más que 'inferencias de vestigios'; e inferencias que tenían siempre que ser sopesadas, por decirlo así, de acuerdo con la seguridad de sus fundamentos, los cuales eran frecuentemente interdependientes —esto es, se mantenía o caían juntos— y los cuales estaban por tanto abiertos en todo momento a la reformulación, ya fuera ésta radical o por medio de los más sutiles cambios de matiz.

Para repetirlo, dudo mucho ahora de que la gran sociología histórica desee tomar la defensa de la historiografía positivista por oposición a esta última visión. Pero es difícil ver cómo, en la práctica, puede evitar asumir una posición esencialmente positivista. Porque inclusive si los procedimientos que ellos siguen para producir su sociología, no requieren actualmente la elisión de los dos sentidos de historia, todavía no sería posible para ellos reconocer una relación demasiado indeterminada entre dichos dos sentidos. Los representantes de la gran sociología histórica tienen que tratar los hechos, o ciertamente las concatenaciones de hechos o 'relatos completos', que ellos encuentran en fuentes secundarias como si fueran entidades relativamente separadas y estables, que pudieran ser 'extraídas' y luego ser unidas para poder llevar a cabo un diseño más amplio. En su vena antipositivista, Carl Becker (1955, 1959) ha advertido expresamente que los hechos históricos no deberían pensarse como si poseyeran 'solidez', 'forma definitiva' o 'un perfil claramente persistente', y que es por consiguiente especialmente impropio compararlos con materiales de construcción de cualquier clase. Pero los mismos procedimientos de los representantes de la gran sociología histórica los impelen a volver, quieranlo o no, a la idea de Spencer de utilizar las piedras y ladrillos de la historia para construir el gran edificio sociológico —y ciertamente las metáforas de construcción reaparecen de nuevo. Así, por ejemplo, Skocpol aparece advirtiéndolo (1979: xiv) que "la investigación primaria" (para la cual el comparativista "no tiene ni el tiempo, ni (todas) las destrezas apropiadas para hacerla") constituye necesariamente, en grandes proporciones los cimientos sobre los cuales se construyen los estudios comparativos.

Sin embargo, desearía entonces responder que las construcciones que resultan pueden llegar a ser peligrosamente desacertadas. En particular, argumentaría que en la gran sociología histórica los lazos que se reclaman, o se suponen, entre la evidencia y el argumento tienden a ser tanto *tenues* como *arbitrarios* en un grado bastante inaceptable.

En lo que concierne al primer reclamo, sugeriría yo que es instructivo considerar algún argumento bastante específico propuesto por un representante de la gran sociología histórica, y en señalar las 'autoridades' que se invocan como proveedoras de su base factual; entonces se retrocede a partir de estas citas —a través quizás de otras fuentes intermedias que están involucradas—, hasta que uno llega a referencias directas de vestigios de alguna clase. Lo que, según yo creo, se encontraría como algo típico, es que el camino es más ligero y más difícil de seguir

de lo que uno hubiera esperado, y que, con frecuencia, llega a un fin no muy satisfactorio.

Por ejemplo, en *Dictatorship and Democracy*, Moore emplea varias páginas revisando aspectos de la historia económica inglesa en los períodos de las postrimerías del medioevo y los inicios de la época moderna, y luego concluye como sigue: "A la luz de estos antecedentes generales parecería que hay muy poca razón para cuestionar la tesis según la cual elementos con mentalidad comercial pertenecientes a las clases altas terratenientes y, en grado menor, a la burguesía, se encontraban entre las fuerzas principales que se oponían al rey y a sus intentos para preservar el antiguo orden, y por consiguiente fueron una causa importante, aunque no la única, que produjo la Guerra Civil."

Sin embargo, si uno examina las fuentes que cita Moore, tanto antes como después de este pasaje, los fundamentos de su argumento están muy lejos de ser evidentes. Ciertamente es muy poco claro cuál es, en realidad, la evidencia al nivel de los vestigios, a la luz de la cual habría "poca razón para cuestionar" la tesis que propone Moore. En las 'autoridades' a las que se refiere, —las principales son *Agrarian Problems of the Sixteenth Century* (*Problemas agrarios del siglo xvi*) (1912) de Tawney, su ensayo sobre 'The Rise of the Gentry' (El ascenso de la 'gentry' — los caballeros de provincia—) (1941) y *The English Yeoman* (*El pequeño propietario inglés*) (1942) de Campbell —de hecho hay notoriamente poca 'evidencia' que se refiera en alguna manera directa al vínculo crucial que busca establecer Moore entre la posición económica y la acción política.¹⁴ Y la que hay no puede considerarse como evidencia en el sentido de que los vestigios mismos son evidencia o, para el caso, que los datos de una encuesta social son evidencias. Más bien lo que uno tiene es series de inferencias, con frecuencia complejas y ciertamente con frecuencia bastante especulativas, que se deducen de vestigios, que son manifiestamente incompletos, casi con seguridad no representativos, y en otros varios aspectos problemáticos —como son muy conscientes de ello los autores aquí expuestos. En otras palabras, tales 'hechos' como los que están aquí disponibles, no pueden ser entendidos como separados, ni como 'módulos' bien definidos, fácilmente recogidos para los propósitos de la construcción sociológica, sino que mejor deberían ser considerados simplemente como hilos densamente enmarañados, empero con frecuencia más bien en débiles madejas de interpretación.

En efecto, entonces, lo que me parece que generalmente están haciendo los representantes de la gran sociología histórica, no es desarrollar un argumento sobre las bases de la evidencia —de la manera como lo hacen los historiadores

¹⁴ Debe enfatizarse que ninguno de estos tres estudios se ocupa de hecho de la guerra civil de manera directa, y que las referencias que se hacen de ella, suceden más bien incidentalmente. Continúa siendo sumamente problemático saber de cuáles fuentes (si es que hay alguna) pueda efectivamente entonces derivar Moore su conclusión acerca de la oposición al rey, como si hubiera estado concentrada entre 'elementos con mentalidad comercial'.

‘primarios’ o de nuevo los sociólogos que están trabajando en ‘sus propios’ datos de investigación—, sino que más bien están ocupados en una interpretación que es, al menos, de un tipo de segundo orden: esto es, en la interpretación de las interpretaciones de, quizás, interpretaciones. Y en consecuencia, podría muy bien sostenerlo, la conexión entre las pretensiones que tienen con respecto al pasado y los vestigios que podrían concebiblemente servir como garantía para estas pretensiones, es con frecuencia—como en el pasaje que he citado de Moore— sumamente indefinida. Si se siguen las prácticas que se han ilustrado aquí, la historia tiene ciertamente que llegar a ser, en palabras de Froude (1894: i,21), “la caja de letras de un niño con la que podemos escribir cualquier palabra que deseemos”.

En lo que se refiere a mi segundo reparo, el de la arbitrariedad, es de nuevo directamente relevante considerar a la historiografía como algo que tiene que ver con inferencias a partir de vestigios que son finitos e incompletos. Se desprende de ésto que los historiadores que trabajan sobre el mismo tópico, y de hecho sobre los mismos vestigios, pueden llegar muy razonablemente a muy diferentes conclusiones—como, por supuesto, también por otras razones. Pero además se sigue que puede haber poca o ninguna posibilidad de que alguna vez se resuelvan sus diferencias—porque los vestigios, que serían necesarios para resolver los aspectos en disputa simplemente no existen. Para los representantes de la gran sociología histórica, ésto crea por tanto un problema todavía mayor: donde los historiadores no están de acuerdo, y tal vez tengan que permanecer en desacuerdo, ¿cuál versión secundaria debe aceptarse? ¿Con qué criterios optarían los representantes de la gran sociología histórica por una de dos o más interpretaciones en conflicto?

Así, para regresar a Moore y a su tratamiento de los orígenes económicos y sociales de la guerra civil inglesa, la pregunta que uno debe formular es: ¿por qué, en este asunto tan controvertido y tan plagado de falta de evidencia relevante, escogió Moore seguir en gran medida la que ha terminado por llamarse (no del todo justificadamente) la interpretación de ‘Tawney’, en vez de seguir la de cualquiera de sus rivales? Habría que decir que en la época, en la que Moore estaba escribiendo, la idea de que los de la clase media ‘ascendente’, orientados hacia el comercio, fueron los actores claves en la oposición parlamentaria al rey y en su derrota en la guerra civil, estaba de hecho perdiendo piso rápidamente entre los historiadores ingleses en relación con dos posiciones: con respecto a las interpretaciones que le asignaban el papel principal a otros grupos socio-económicos; y todavía más importante, con respecto a aquellos que cuestionaban si la lealtad política en el período de la guerra civil tenía en absoluto alguna asociación estrecha con la posición y los intereses económicos.¹⁵

La respuesta a la pregunta que he formulado es, creo yo, tan obvia como poco

¹⁵ Un artículo importante para su efecto catalizador fue el de Hexter (1958, 1961), al cual siguió un mayor debate. Para una crítica más reciente de ‘las explicaciones de cambio social’ de la guerra civil inglesa (pero ciertamente no se trata de una crítica que pudiera ser descartada como sociológicamente poco sofisticada), ver Clark (1986: ch. 3).

satisfactoria. Moore privilegia la interpretación que se ajusta mejor a su tesis de 'las tres rutas hacia la modernidad'; en otras palabras, aquella que permite ver la guerra civil inglesa como un ejemplo de una exitosa 'revolución burguesa'. Sin embargo, él aún falla al no dar a conocer ningún ejemplo serio para la elección de esta interpretación. Las fuentes sustentadoras simplemente reciben espaldarazos, tales como 'excelente análisis' o 'recuento insuperable', mientras que aquellas con las que no congenia son menospreciadas como 'historiografía conservadora'.¹⁶

Esto claramente no sirve. Pero si la solución no es meramente ser tendencioso, entonces ¿cuál es? A la larga, por supuesto, cualquier modo racional de evaluación de una fuente secundaria debe implicar algún juicio sobre las inferencias que se hacen a partir de las fuentes primarias —esto es, a partir de los vestigios. Pero una

¹⁶ Ver, por ejemplo, (1966: 6, 14 y el apéndice). En su apéndice, 'Una nota sobre estadística e historiografía conservadora', Moore comienza por las dificultades puestas por su interpretación de la guerra civil, especialmente en el trabajo de Brunton y Pennington (1954), las cuales, como anota Moore, llevaron al mismo Tawney a reconocer que la división entre los realistas y los parlamentaristas dentro del Gran Parlamento "tenían poca conexión con las diversidades de intereses económicos y de clases sociales". Moore entonces trata de volver a reelaborar las estadísticas de Brunton y Pennington, para salvar lo que él asume que es la tesis de Tawney contra el propio abandono de la misma por parte del mismo Tawney, pero sólo logra dar un bello ejemplo de la falacia ecológica (pp. 511-2).

Debería agregar aquí, que el tratamiento dado tanto por Wallerstein como por Anderson a la guerra civil inglesa no es más satisfactoria. Wallerstein, quien sostiene que 'un trabajo controvertido de contrapunto' es una ventaja positiva para su empresa (1974: 8), revisa un número más amplio de literatura que Moore (ch. 5), pero mediante un irónico *tour de force* termina tranquilamente allí, donde él quería estar: i.e. en capacidad de afirmar que la guerra civil inglesa, aunque no fue una lucha directa entre clases, no obstante sí resultó de la formación de una clase capitalista agrícola, a la cual se vió forzada a acomodarse la rancia aristocracia, que en parte también tuvo que fusionarse con ella, llevando así a la creación temprana en Inglaterra de una 'burguesía nacional' (ver esp. 256, 269, 282, 297). Debe, sin embargo, señalarse que las 'autoridades' que cita Wallerstein, por lo menos tantas serían las que rechazarían esta conclusión, como quienes la aceptarían.

Anderson, en contraste con el anterior, recurre a sólo un número muy limitado de fuentes secundarias (o terciarias) y entonces, desatendiendo efectivamente toda controversia, asevera imperturbablemente (1974: 142): "El absolutismo inglés fue llevado a una crisis por el particularismo aristocrático y la desdperación de clanes en su periferia; fuerzas colocadas históricamente detrás de él. Pero fue derrocado en el centro por una clase media comercial, una ciudad terrateniente: fuerzas que presionaban más allá que él. Antes de que hubiera podido alcanzar la edad de la madurez, el absolutismo inglés fue erradicado por una revolución burguesa". Una vez más debe enfatizarse que ésta es esencialmente la interpretación de la guerra civil inglesa como una 'revolución burguesa', interpretación que ha sido puesta en tela de juicio por historiadores 'revisionistas' a través de las dos últimas décadas o aún durante más tiempo (ver de nuevo Clark, 1986: ch. 3).

Mi propio juicio sería que los revisionistas han logrado minar las evidencias que sustentan tal interpretación. Pero, más aún, yo dudaría que inclusive, aunque **hubiera**

vez que se reconoce ésto, el rigor metodológico en el que se mantienen los representantes de la gran sociología histórica se vuelve únicamente más aparente. Sus grandes diseños significan, nos dicen, que de ellos mismos no puede esperarse que trabajen directamente a partir de los vestigios, sino que ellos deben apoyarse en los estudios de autoridades especializadas. Sin embargo, ellos se verán entonces o forzados a adoptar supuestos positivistas con respecto a la 'firmeza' y 'solidez' —y también a la 'transportabilidad'— de la evidencia que estos trabajos pueden arrojar; o, si ellos aceptan que lo que estas fuentes proporcionan no son más que complejos de inferencias e interpretaciones rivales, entonces tienen que explicar cómo proponen seleccionar entre ellas sin conocimiento de las fuentes primarias.¹⁷

Ya que he sido tan crítico de los principios fundamentales de la metodología de la gran sociología histórica, debería, antes de terminar, considerar lo que sus exponentes mismos han tenido que decirnos al respecto. De hecho, como ya queda sobreentendido, ellos han dicho notoriamente poco. Los asuntos metodológicos tienden a aparecer, si es que aparecen, en las primeras páginas de sus libros, pero entonces sólo para ser tratados de una manera muy superficial —y no convincente (ver, e.g. Moore, 1966: x-xi; Skocpol, 1979: xiv-xv; P. Anderson, 1974: 8-9; Mann, 1986: vii-viii, 3-4, 31-2). Sin embargo, citaré un planteamiento de Skocpol, el cual aparece en su capítulo de conclusión de la colección que ella editó, *Vision and Method in Historical Sociology* (*Visión y método en la sociología histórica*), el cual es de interés en varios sentidos.

Skocpol escribe (1984:382): "Debido a que las comparaciones de amplio alcance son con tanta frecuencia cruciales para los sociólogos histórico-analíticos, ellos más probablemente utilizarán fuentes secundarias de evidencia, que aquellos que

una 'explicación de cambio social' válida para la guerra civil inglesa, se pudiesen encontrar vestigios adecuados, que permitieran que su validez fuera demostrada. Lo que Hexter observó (1961: 149) a propósito del debate inicial de Tawney versus Trevor-Roper muy probablemente permanecerá como la última palabra: "Y lo que tales expertos de los materiales de la historia del siglo XVII y de los asuntos forenses de la historia no puedan probar cuando se lo proponen, entonces muy probablemente nunca será probado".

¹⁷. En los casos en los que los mismos historiadores se apoyan en fuentes secundarias, como por ejemplo, al situar su propia investigación 'primaria' o al escribir 'encuestas' de un campo, típicamente se discuten los asuntos que tienen que ver con la disponibilidad, la calidad, etc., de las fuentes. Más aún, en el último caso al menos, e igualmente al escribir libros de texto, los autores no están presionados a defender una interpretación particular, sino que pueden presentar una reseña de diferentes posiciones. Los representantes de la gran sociología histórica, por el contrario, generalmente no pueden permitirse tal imparcialidad; necesitan utilizar —esto es, seleccionar— fuentes secundarias como evidencia para o en contra de una tesis particular. Más aún, las tesis centrales que sostienen autores tales como Moore, Wallerstein y Anderson son las que ellos mismos ven claramente como sumamente ricas en consecuencias políticas, de tal manera que inevitablemente surgen preguntas acerca de qué tan influenciado políticamente esté su uso de las fuentes secundarias y qué tipo de contrastación para las preferencias políticas consideran ellos apropiada.

aplican modelos para, o desarrollan interpretaciones de, casos singulares... Desde el punto de vista de la sociología histórica,... una insistencia dogmática en rehacer la investigación primaria para cada investigación sería algo desastroso; ello excluiría la mayoría de la investigación histórico-comparativa. Si un tópico es demasiado grande para una investigación puramente primaria —y si se puede ya disponer de un buen número de excelentes estudios realizados por especialistas— las fuentes secundarias son apropiadas como fuente básica de evidencia para un estudio dado. El utilizarlas no es algo diferente de lo que hacen los analistas de encuestas, cuando reelaboran los resultados de encuestas previas en lugar de formular todas las preguntas de nuevo...”

Anotaré, primero que todo, que este pasaje muestra claramente la presión que sufren los representantes de la gran sociología histórica para moverse en la dirección del programa positivista de Spencer —‘excelentes’ estudios históricos hechos por especialistas pueden ser ‘las fuentes básicas de evidencia’ para los sociólogos que se dedican a temas de amplio alcance. Y también es reveladora la referencia a ‘rehacer la investigación primaria’ —como si fuera manifiesto que fuese a surgir el mismo resultado de antes.

En segundo lugar, señalaré que Skocpol está bastante equivocada en la analogía que trata de establecer con la investigación basada en la encuesta. El ‘análisis secundario’ de los datos de encuesta, al cual se refiere, es diferente del uso que hacen de las fuentes secundarias los representantes de la gran sociología histórica, precisamente porque tal análisis sí implica regresar a los ‘vestigios’: esto es, al menos a las grabaciones originales de datos y tal vez también a los cuestionarios originales o a los planes de entrevistas. Y son entonces estos materiales los que le sirven al analista secundario como evidencia —no las interpretaciones del analista originario, las cuales pueden ser, y de hecho casi siempre son, discutibles.¹⁸

En tercer lugar, observaría que a título de proporcionar una justificación para la metodología de la gran sociología histórica, Skocpol tiene muy poco en fin de cuentas que ofrecer. Aparte del —erróneo— argumento del **tu quoque** dirigido a los investigadores de encuestas, todo lo que efectivamente dice es que sería ‘desastroso’ para los representantes de la gran sociología histórica que se los obligara a volver a las fuentes primarias —y ésta ciertamente no es la manera de convencer a los escépticos.

Lo que sí es realmente de gran interés es lo que Skocpol llega a reconocer en el párrafo que sigue inmediatamente al que acabo de citar: a saber, que “sigue siendo verdad que los sociólogos que hacen historia comparada no han elaborado todavía reglas y procedimientos claros y que cuenten con consenso para el uso válido de las fuentes secundarias como evidencia” y que además en este sentido “las

¹⁸ Por tanto, se daría un paralelo más estrecho entre el analista secundario de encuestas y el historiador, que penetra de nuevo y reinterpreta un cuerpo de materiales, descubiertos como fuente e inicialmente analizados por un predecesor.

interpretaciones historiográficas variables” constituyen un problema obvio que debe ser abordado. “Ciertos principios”, cree Skocpol, “surgirán probablemente, conforme se desarrollen tales reglas”. Pero, uno debe concluir, al menos hasta ahora, que la gran sociología histórica no está significativamente gobernada por reglas; los que la practican disfrutan de una encantadora libertal para jugar al ‘escoja y mezcle’ en la tienda de dulces de la historia.¹⁹

IV

Entonces, para recapitular: he argumentado que la visión de que la historia y la sociología ‘son y siempre han sido la misma cosa’ es errada y —peligrosamente— engañosa. La sociología tiene que ser siempre, es verdad, una disciplina histórica; los sociólogos nunca pueden ‘escapar’ de la historia. Por consiguiente es altamente deseable que pudieran ser conscientes de la historia —con lo cual quiero decir, conscientes de los condicionamientos y límites históricos que necesariamente tienen sus análisis, aún si éstos nunca pueden determinarse con precisión. Pero la historia y la sociología pueden, y deberían, ser no obstante consideradas como empresas intelectuales significativamente diferentes. Una fuente crucial de la diferenciación, según he tratado de mostrar, reside en la naturaleza de la evidencia que utilizan las dos disciplinas —en el hecho que los historiadores tienen por lo general que apoyarse en la evidencia que ellos pueden descubrir en los vestigios del pasado, mientras los sociólogos tienen el considerable privilegio de ser capaces de generar evidencia en el presente.

¹⁹. A diferencia de Skocpol, los otros autores citados anteriormente ni siquiera manifiestan reconocer la necesidad de una metodología. Su principal justificación para la gran sociología histórica parecería ser simplemente, el que ella da ‘la visión amplia’ y es así un complemento necesario para la historia ‘de especialistas’ —aunque al mismo tiempo permanece impermeable a preguntas detalladas y más sutiles, que esta última quisiera hacerle. Por ejemplo, Moore (1966: xi) escribe: “Es obvio que el análisis comparativo no es un sustituto de la investigación detallada de casos específicos”. Pero entonces continúa: “Las generalizaciones que son acertadas se parecen a un mapa a gran escala (sic) de un extenso terreno, como el que pudiera utilizar un piloto de avión para cruzar un continente. Tales mapas son esenciales para determinados propósitos, de la misma forma que mapas más detallados son necesarios para otros.” La cartografía de Moore no inspira más confianza que su historiografía. Si se asume que más arriba él quiere decir ‘pequeña escala’ y no ‘gran escala’, la utilidad para un ‘terreno extenso’ de un mapa en pequeña escala, depende de la precisión de la medición detallada, con la cual se levanta el mapa. Y de este mismo modo, como un historiador ‘cliométrico’ y uno ‘convencional’ ha escrito conjuntamente (Fogel and Elton, 1983: 125), “la calidad de una interpretación histórica depende críticamente de la calidad de los detalles, de los que ella se forma como un tejido. El tiempo y de nuevo la interpretación de eventos históricos mayores, algunas veces de toda un área, han sido transformados por la corrección de detalles aparentemente triviales...”

También debería decirse que la metodología de la gran sociología histórica ha atraído poca atención de parte de los escritores ocupados de la metodología de las ciencias sociales en general. Un ensayo de Galtung (1979) merece ser mencionado, así su contribución a la práctica no parezca ser importante.

En lo que respecta, entonces, a la utilización de la historia en sociología, lo que he tratado de resaltar es que los sociólogos no deberían subvalorar, o renunciar fácilmente, a las ventajas que pueden obtener de tener evidencias que son 'hechas a la medida', mientras que generalmente los historiadores tienen que 'cortar sus trajes de acuerdo con su paño'. Donde los sociólogos estén obligados a la investigación histórica, por la pura lógica de sus indagaciones, entonces, como lo he sugerido, deben prepararse para una vida más dura —para la investigación típicamente conducida, como lo ha dicho un historiador (Clubb: 1980:20), 'bajo la línea de pobreza de datos'. Deben no sólo aprender nuevas técnicas, sino también aceptar nuevas frustraciones; en particular, las que provienen de darse cuenta de que temas de gran interés están, y probablemente permanecerán, más allá de su alcance cognitivo. Representantes de la sociología histórica tales como Anderson y Marshall han aprendido bien; y mucho de lo que nos pueden enseñar se deriva de su sensibilidad para precisar qué suerte de inferencias pueden o no pueden sustentar los vestigios de los que disponen. En contraste, me parece que los representantes de la gran sociología histórica, al menos hasta ahora, no han afrontado los mayores retos intelectuales que plantea la historiografía, y que han negociado implícitamente una concepción de ella que dudo ellos deseen defender abiertamente. Entonces, mientras ellos no asuman los retos que tienen por delante y no provean una metodología coherente para su trabajo, la pregunta debe continuar siendo, hasta dónde dispone ésta de una base real en los vestigios del pasado —o si es meramente una base ilusoria dispersa en notas de pie de página.

Traducción: *Patricia Santamaría*

Revisión y corrección: *Fernando Uricoechea*

Malcolm Deas

Bibliografía

Abrams, P. 1980. *Historical Sociology*. Bath: Open Books.

Anderson, M. 1971. *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge: Cambridge University Press.

Anderson, P. 1974a. *Passages from Antiquity to Feudalism*. London: New Left Books.

Anderson, P. 1974b. *Lineages of the Absolutist State*. London: New Left Books.

Becker C. 1955. 'What are Historical Facts?'. *Western Political Quarterly*, September. (Reprinted in H. Meyerhoff (ed.), *The Philosophy of History in Our Time*. New York: Doubleday, 1959).

Bell, C. and Newby H. 1981. 'Narcissism or Reflexivity in Modern Sociology'. *Polish Sociological Bulletin*. no. 1.

- Bierstedt, R. 1959. 'Toynbee and Sociology'. *British Journal of sociology*, 10.
- Brunton, D. and Pennington, D. H. 1954. *Members of the Long Parliament*. London: Allen and Unwin.
- Campell, M. 1942. *The English Yeoman*. New Haven: Yale University Press.
- Carr, E. H. 1961. *What is History?* London: Macmillan.
- Clark, J.C.D. 1986. *Revolution and Rebellion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clubb, J. M. 1980 'The "New" Quantitative History: Social Science or Old Wine in New Bottles?' in J. M. Clubb and E. K. Scheuch (eds.). *Historical Social Research*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Collingwood, R. G. 1946. *The Idea of History*. Oxford: Oxford University Press.
- Eisenstadt, S. N. 1963. *The Political Systems of Empires*. New York: Free Press.
- Erikson, K. 1966. *Wayward Puritans*. New York: Wiley.
- Erikson, R. and Goldthorpe, J. H. 1987. 'Commonality and Variation in Social Fluidity in Industrial Nations. Part I: A Model for Evaluating the "FJH Hypothesis"; Part II: The Model of Core Social Fluidity Applied'. *European Sociological Review* 3.
- Fischer, C.S. 1982. *To Dwell Among Friends*. Chicago: Chicago University Press.
- Fogel, R. W. and Elton, G. R. 1983. *Wich Road to the Past?* New Haven: Yale University Press.
- Froude, J. A. 1884. *Short Studies on Great Subjects*. London: Longmans.
- Galtung, J. 1979. 'Om makrohistoriens epistemologi og metodologi: en skisse' in Nordisk Fagkonferanse for Historik Metodelaere, *Makrohistorie*. Oslo: Universitets-forlaget.
- Giddens, A. 1979. *Central Problems in Social Theory*. London: Macmillan.
- Goldthorpe, J. H. 1962. 'The Relevance of History to Sociology'. *Cambridge Opinion*, no. 28.
- Goldthorpe, J. H. 1971. 'Theories of Industrial Society'. *Archives européennes de sociologie*, 12.

- Goldthorpe, J. H. 1972. 'Class, Status and Party in Modern Britain'. *Archives européennes de sociologie*, 13.
- Goldthorpe, J. H. 1979. 'Intellectuals and the Working Class in Modern Britain'. Fuller Memorial Bequest Lecture, University of Essex.
- Hall, J. A. 1985. *Powers and Liberties*. Harmondsworth: Penguin.
- Hexter, J. H. 1958. 'Storm over the Gentry'. *Encounter*, 10 (Reprinted in revised and enlarged form in *Reappraisals in History*, London: Longmans, 1961).
- Maitland, F. W. 1911. 'The Body Politic' in H.A.L. Fisher (ed.), *Collected Papers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. 1986. *The Sources of Social Power*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Marshall, G. 1980. *Presbyteries and Profits*. Oxford: Clarendon Press.
- Marshall, T.H. 1963. 'Sociology-the Road Ahead' in *Sociology at the Crossroads*. London: Heinemann.
- Moore, B. 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Harmondsworth: Penguin.
- Murphey, M.G. 1973. *Our Knowledge of the Historical Past*. Indianapolis: Bobbs Merrill.
- Przeworski, A. and Teune, H. 1970. *The Logic of Comparative Social Inquiry*. New York: Wiley.
- Renier, G. J. 1950. *History: its Purpose and Method*. London: Allen and Unwin.
- Skocpol, T. 1979. *States and Social Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skocpol, T. (ed.) 1984. *Vision and Method in Historical Sociology*. Cambridge University Press.
- Spencer, H. 1861, new ed. 1911. *Essays on Education*. London: Dent.
- Spencer, H. 1904. *An Autobiography*. London: Williams and Norgate.
- Stone, L. 1979. 'The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History'. *Past and Present*, 85.
- Stone, L. 1987. *The past and Present Revisited*. London: Routledge.

- Tawney, R.H. 1912. *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*. London: Longmans.
- Tawney, R.H. 1941. 'The Rise of the Gentry, 1558-1640'. *Economic History Review*, 11.
- Thompson, E.P. 1972. Review of K.V. Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, *Midland History*, 1.
- Wallerstein, I. 1974, 1980, 1989. *The Modern World System*, vols. i-iii. New York: Academic Press.
- Webb, S. and B. 1932. *Methods of Social Study*. London: London School of Economics.

El empleo de la historia en sociología: Reflexiones sobre algunas tendencias recientes

Resumen

John Goldthorpe vuelve aquí al tema de los usos de la historia en la sociología. Su objetivo es, primero, concentrar la atención en la diferencia con respecto a la naturaleza de la evidencia empleada por las dos disciplinas, y el modo como se genera esta evidencia. Los hechos históricos se derivan gracias a "inferencias de los vestigios". Los vestigios son de diferentes tipos y son esencialmente finitos e incompletos, si bien la evidencia que suministran puede ser combinada en una infinidad de modos y es parte del oficio del historiador el descubrir nuevos vestigios. Los sociólogos, en cambio, pueden generar evidencia y la evidencia generada, "inventada", constituye el principal fundamento empírico de la sociología moderna. Esta ventaja no debería ser menospreciada o rechazada con ligereza.

El argumento se desarrolla mediante la discusión de algunos fracasos y éxitos relativos de la sociología histórica: *Wayward Puritans* (1966) de Kai Erikson, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire* (1971) de Michael Anderson y *Presbyteries and*

Profits (1980) de Gordon Marshall. Y son contrastados con un estudio sociológico contemporáneo, *To Dwell among Friends* (1982) de C. S. Fischer.

Prosigue luego Goldthorpe discutiendo la sociología histórica de más aliento de Barrington Moore, Theda Skocpol, Perry Anderson y otros. Encuentra que la buena sociología histórica del siglo xx no ha eludido los peligros de los predecesores del siglo xix en cuanto al empleo de monografías históricas secundarias como la base empírica y encuentra su relación con la historiografía moderna incómoda. Ilustra su argumento con un examen de la manera como Barrington Moore y Perry Anderson exponen una versión de la Guerra Civil inglesa que la investigación más moderna ha descalificado totalmente.

Concluye que aunque es altamente deseable que los sociólogos estén históricamente conscientes, "la historia y la sociología pueden, y deben, aún ser vistas como empresas intelectuales significativamente diferentes.

(Elaborado por Malcolm D. Deas)

The uses of history in sociology: Reflections on some recent tendencies

Abstract

John Goldthorpe here returns to the theme of the uses of history in sociology. His aim is, first, to focus attention on the difference in the nature of evidence that the two disciplines use, and the way this evidence comes into being. Historical facts are derived from "inference from the relics". The relics are of different types, and they are essentially finite and incomplete, though the evidence they provide can be combined in infinite ways, and it is part of the historian's metier to discover new relics. Sociologists by contrast can generate evidence, and generated, "invented" evidence constitutes the main empirical foundation of modern sociology. This advantage should not be disregarded or lightly thrown away.

The argument is developed by a discussion of some recent failures and limited successes in historical sociology. Kai Erikson's *Wayward Puritans* (1966), Michael Anderson's *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire* (1971) and Gordon Marshall's *Presbyteries and*

Profits (1980). These are contrasted with a contemporary sociological study, C.S. Fischer's *To Dwell Among Friends* (1982).

Goldthorpe then proceeds to discuss the more wide-ranging historical sociology of Barrington Moore, Theda Skocpol, Perry Anderson and others. He finds that the grand historical sociology of the twentieth century has not escaped the pitfalls of its historical monographs as its empirical base, and finds its relation with modern historiography uneasy. He illustrates his argument with an examination of how Barrington Moore and Perry Anderson both propound a version of the English Civil War that the most recent research has thoroughly undermined.

He concludes that though it is highly desirable that sociologists should be historically aware, "history and sociology can, and should, still be regarded as significantly different intellectual enterprises."
(Written by M. D. Deas)